

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL



SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS

AÑO IV

MADRID, 21 DE MARZO DE 1909

NÚMERO 64



EL REY IMPRUDENTE

Hallábase el rey Topacio viejo y achacoso, y á pesar de los lustros transcurridos desde su enlace con la princesa Miraflores, no había tenido sucesión. El país veíase amenazado, á la muerte del monarca, con una de esas sangrientas guerras civiles, tan desastrosas para la paz pública y el engrandecimiento nacional.

Por tales razones fué acogido en el reino con grandes muestras de júbilo el nacimiento de un príncipe.

Ayuntamiento de Madrid

Según cuentan viejos cronicones, las Hadas patrocinaron al recién nacido, y la Belleza, el Talento, el Poder y la Felicidad hiciéronle entrega de sus preciadísimos dones.

El príncipe, á quien pusieron el nombre de Deseado, creció hermoso de cuerpo; al entrar en la adolescencia tuvo que encargarse de regir los destinos de la nación por muerte de su padre, el rey Topacio.

—¡El rey ha muerto! ¡Viva el rey!—gritaron con más regocijo que pesar los heraldos anunciadores de la desaparición del viejo monarca.

Y pasados los días de Real orden señalados para el luto del pueblo, éste, cifrando las más halagüeñas esperanzas en el nuevo reinado, entregóse á demostraciones harto alegres y ruidosas para celebrar la proclamación del imberbe príncipe, que, en los años en que los demás mortales se entretienen en juegos infantiles, veíase, por la ineludible razón de Estado, en la obligación de gobernar un país, carga abrumadora para hombres experimentados, cuanto más para un adolescente.

Pero no en vano rodean las cunas de los príncipes las Hadas, convirtiéndose en solícitas amparadoras de sus ahijados.

El pueblo, siempre crédulo y optimista, prometiase las mayores bienandanzas con el nuevo soberano.

¿No le habían dado á éste las Hadas Belleza, Talento, Poder y Felicidad...? ¿Qué más podía pedírsele para que, empleando tan excel-sas facultades, fuera venturosa la nación...?

Y, sin embargo, el gran chambelán de palacio, un señorón de muchas campanillas que ejercía en el reino cargo parecido al que en la actualidad desempeñan los presidentes de los Consejos de ministros, andaba mustio y cariacontecido, mirándose de continuo la punta de sus chapines de terciopelo grana.

El, y sólo él entre todos los cortesanos y aun entre todos los que discurrían un poco en el reino, advertía que el flamante monarca no labraría la felicidad de su pueblo, á pesar de sus poderosas madrinas.

El ilustre magnate, sin apartar la vista de los chapines, decíase á sí propio, que no á mortal ninguno, por temor á caer en la impopularidad ó en el enojo de su amo y señor:

—Un rey que cambia la peonza por el cetro, es siempre una calamidad, porque le falta la experiencia para el arduo negocio de regir los destinos de unos cuantos millones de prójimos... Bien es verdad que para eso estoy yo y otros cuantos viejos consejeros... Lo malo es que no atienda nuestros consejos, que no los atenderá, porque es voluntarioso en demasía... El rey es guapo, esto es innegable; pero la hermosura del cuerpo de nada sirve para llevar el timón de la cosa pública. El rey tiene talento, cosa también innegable y eficaz en estos menesteres del gobierno; es poderoso y feliz, condiciones estimables sólo para el individuo, no para la colectividad. El rey, en resumidas cuentas, es un niño. ¡Lástima inmensa que las Hadas se olvidaran de darle el presente más valioso y necesario en la vida de los hombres, y, sobre todo, en la de los reyes: la Prudencia! El que no posea esta virtud,

será siempre un pobre diablo a merced de los caprichos y veleidades del Destino y de las buenas ó malas inclinaciones propias... Un rey prudente hará siempre la ventura de sus súbditos.

Y al llegar á estas conclusiones en su discurso, enmudecía el viejo chambelán, y suspiraba, suspiraba por aquel olvido, imperdonable en las Hadas, de no haber concedido á su amo y señor el don de la Prudencia.

Yendo cierta tarde de caza por lo más intrincado de un bosque, halló el joven rey á una hermosísima doncella, sentada al pie de un roble milenario, entretenida en bordar en una valiosa cinta de seda carmesí este emblema:

«AL DUEÑO DE MI ALMA»

Ver el rey á la gentil y desconocida bordadora y sentirse enamorado de la misma, todo fué obra de un instante.

Continuará.





MARGARITA LA MIMADA

(CONTINUACIÓN)

- (Va á la puerta y la encuentra cerrada.)*
 ¡Me han encerrado! ¡Bribones! Abrid la puerta. ¡Tunantes! *(Llamando.)*
 ¡Pablo! ¡Luis! ¡Clemencia! ¡Blanca!
 ¡Pascual...! ¡No contesta nadie! Sí, pues ahora las tiro las labores. ¡Fastidiarse!
(Coge las canastillas de Clemencia y Blanca, arroja al suelo las labores y las pisolea.)
 ¡Así, y cuando las encuentre mi mamá que las regañe!
(De repente da un grito y se tira al suelo.)
 ¡Ay, mi pie...! ¡Favor! ¡Socorro!
 ¡Ay, ay, qué dolor tan grande!
- PASC. *(Entrando asustado)*
 ¿Qué ha pasado, señorita?
 ¡Por Dios! ¿qué voces son éstas?
- MARG. Mi pie. Mi pie. Me han herido.
 [ruido.]
- PASC. ¿Herido? ¿Quién fué...?
- MARG. Pues ellas.
- PASC. Pero si la señorita estaba sola en la pieza;
 ¡yo acabo de salir
 ¡yo he cerrado la puerta.
- MARG. Mira *(Enseñándole el pie.)*
- PASC. Vamos que la cosa no será tan grave. Mueva el pie.
- MARG. No puedo. Me duele muchísimo.
- PASC. Aquí en la suela está clavada la pícara.
(Quitando la aguja del zapato.)
 Por fortuna es muy pequeña y no la habrá herido mucho... Pues esto es para que vea la señorita que Dios castiga. A ver si escarmienta.
- MARG. ¡No quiero que me castigue!
- PASC. Pues no sirve que no quiera, que Dios castiga á los malos.
- MARG. ¡Ay, ay!
- PASC. ¿Para qué se queja tanto si apenas la duele?
 ¡Si eso no vale la pena!
- MARG. ¿Que no vale? Tú no sabes lo que duele. Si supieras.
- PASC. ¡Ay! señorita, me he visto yo... como nunca se vea. He sido soldado.
- MARG. ¿Y qué?
- PASC. ¿Y qué? Que estuve en la guerra.
- MARG. ¿Y qué?
- PASC. Que en una ocasión

me partieron la cabeza
de un sablazo.

MARG. ¿Qué mentira!
PASC. ¿Cómo mentira?
MARG. (*Apuntando con el dedo.*)
Está entera
y dice que le partieron...
Ja, ja, ja. ¡Pascual no mientas!
PASC. Aquí están las cicatrices.
MARG. ¡Quita!
PASC. Y por la herida aquella
me dieron la cruz de...
MARG. Calla,
Pascual. Eso se lo cuentas
á tu tía.
PASC. ¡Señorita! (*Indignado.*)
En cuestiones como éstas
no se burla nadie.
MARG. Déjame
en paz. ¿Qué me importan
tus heridas ni tus guerras?
PASC. (*Mirando á Margarita con pena.*)
¡Ay qué carita tan blanca;
pero qué almita tan negra!
MARG. Que venga Julia. Tú vete.
PASC. Yo...
MARG. Tú no eres mi doncella.
¡Julia, Julia!
(*Pascual sale y llega T.ª.*)

ESCENA X

MARGARITA Y JULIA

JULIA. Señorita,
¿qué le sucede á mi nena
de mi alva? (*Con zalamería es-
tudiada.*)
MARG. ¡Ay! Julia, mira...
(*Enseñándola el pie.*)
¡Me han pinchado!
JUL. ¿Quién?
MARG. Clemencia
y Blanca.
JUL. ¡Si serán malas!
MARG. ¡Eso!
JUL. ¡Si serán perversas!
¿Y cómo han hecho?
MARG. Pusieron
una aguja en esa cesta
para que me la clavase
en el pie.
JUL. ¿De qué manera?

MARG. Pues... No sé. Vaya te pones
muy pesada.
JUL. ¿Yo, mi nena?
MARG. Te pones muy preguntona
y me aburres.
JUL. ¿Yo, mi reina?
¿Pues qué quiero yo en el mundo
sino agradar á la perla
de las niñas? A mi cielo,
á mi...
MARG. (*Muy nerviosa.*)
Pues en cuanto venga
mamá, quiero que la digas.
JUL. ¡Mi vida! Cuanto tú quieras,
dime lo que he de decir...
MARG. Pues di que Blanca y Clemen-
[cia...

ESCENA XI

DICHAS Y ROSALIA, que entra de pronto.
ROSAL. ¿Qué es esto? ¿Qué ha sucedido?
MARG. ¡Ay, mamá! (*Lloriqueando.*)
ROSAL. ¿Qué ha sido esto?
JUL. Señora...
(*Sin saber qué decir.*)
que me parece... que creo...
que las señoritas Blanca
y Clemencia. (*Baio á Margarita*)
¿Qué la cuento?
MARG. Que me han metido una aguja.
JUL. Eso.
ROSAL. ¿Dónde?
MARG. En un pie.
JUL. ¡Eso!
ROSAL. ¿Cómo fue, Julia?
JUL. En la cesta.
ROSAL. ¿Cómo en la cesta?
MARG. Pusieron
la aguja.
JUL. Justo, la aguja.
MARG. Se cayó al suelo.
JUL. Sí; al suelo
MARG. Y al andar.
JUL. Justo, al andar.
MARG. Me la clavé.
JUL. Eso es lo cierto.
ROSAL. Y usted, ¿cómo no tenía
cuidado?
JUL. Fué en un momento
en que yo había salido.
(*Continúa*)

EL NIDO DE GORRIONES

Puede decirse, sin temor á equivocaciones, que Antoñejo conocía aquel nido desde que los dos pardos gorriones llevaron á él las primeras pajuelas. Situado bajo una teja verdinegra y musgosa, se escondía entre dos pedruscos de la añosa tapia, á la escasa sombra de unos matojos de jaramago, cuyas amarillentas flores se balanceaban al más leve impulso de la brisa. A todas horas estaba en el corral el desocupado Antoñejo viendo á los padres ir al nido con el

alimento para sus pequeñuelos, y dicen las gentes que de esta continua contemplación nació en él el vehemente deseo de escalar la tapia y apoderarse de los piadores gorrioncillos. Ni pensó en el disgusto de las pobres avecillas al ver su nido desbaratado, ni en la pena que los hijuelos experimentarían al ser alejados de sus progenitores, ni en la idea de que en una familia, hasta entonces feliz, iba á introducir la aterradora desgracia. Sentíase cazador, y ya es sabido que cuando los cazadores salen á cometer sus fechorías, no piensan más que en los zurrones bien repletos y en los sabrosos bocados que sus presas han de proporcionarles.

Fijo el rapaz en su idea, personóse una mañana en el corral y contempló á sus víctimas que gozosamente cantaban entre el movable jaramago. La tapia era alta; pero afor-



tunadamente crecía junto á ella una gigantesca higuera, cuyas torcidas ramas se inclinaban hacia el nido casi hasta besarlo. Sin pararse á considerar que las ramas, por ser delgadas y de madera blanda, podían quebrarse, Antoñejo trepó valientemente por el recio tronco, y llegado á la cruz del árbol, descansó un poco. ¡Qué azul estaba el cielo...! ¡Cómo brillaba en medio de él el sol, semejante á una hostia de ruego! ¡Cómo en la mansa serenidad del aire sonaban las campanas de la parroquia claras, distintas y dulces...! El rapaz continuó saltando de rama en rama. Los desventurados gorriones revoloteaban alrededor de su nido, erizaban sus plumillas como si quisieran infundirle espanto, y piaban tan tristemente que parecían llorar. ¡Era toda su felicidad lo que estaba en peligro...!

Afortunadamente iba ya Antoñejo á saltar sobre la tapia, cuando la rama que lo sostenía se quebró, crujiendo estrepitosamente, y el atrevido cazador dió con su cuerpo en un montón de estiércol, en donde quedó sucio, pero sano. Con todo, como diera voces creyéndose medio muerto, acudió su abuelo y, enterado de lo ocurrido, mostró al rapaz una escalerilla que á pocos pasos estaba, y le dijo:

—De apoyar la escalera en la tapia, no te hubiera sucedido esto y ya estarían los pajarillos en tus manos. En la elección de los medios está casi siempre la buena consecución del fin...

José A. LUENGO.



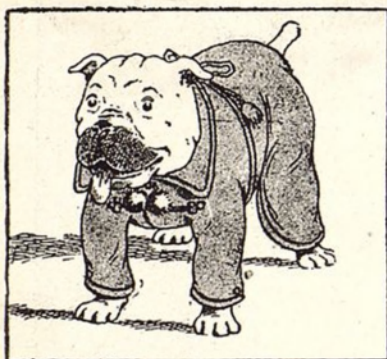


LUIS XVI EN LA FIESTA DE LA FEDERACIÓN. CUADRO DE COËSSIN DE LA FOSSE

El infortunado Monarca francés fué testigo y actor de los movimientos populares que acabaron con la Monarquía, como si á ello le impulsara una fuerza secreta é invencible. El artista le representa en este cuadro vi-

sitando los trabajos de la fiesta de la Federación, cuyo espíritu era de protesta contra el régimen, y en la cual tomaron parte todos los vecinos de París con verdadero entusiasmo.

UN PERRO BIEN VESTIDO



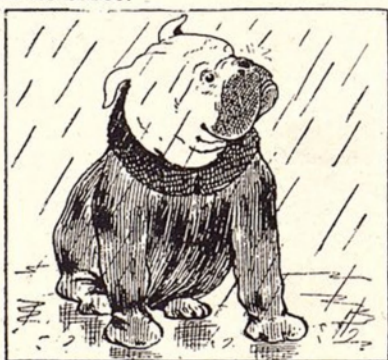
¡Soy feliz...! Tengo mi buena bata para estar en casita



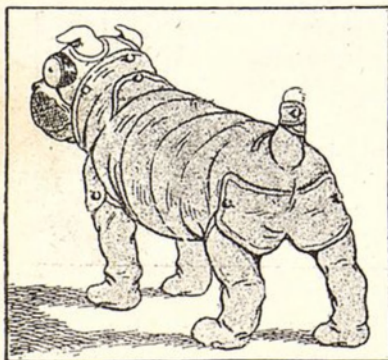
Un traje de última moda para salir de paseo.



Un abrigo de pieles para cuando aprieta el frío.



Mi correspondiente impermeable género inglés.



Indumentaria apropiada para ir en automóvil.



Y otra para viajar en tren con toda comodidad.



LAS BONDADES DE NINI

XIX

Qué de cosas tienes, Piluca! ¡Cuantísimos juguetes y cuántas muñecas!

—Pero Niní—dijo ella,—¡mira á mi hermanito!

—¡Sí! ¡sí! ya le veo; ¡anda, y vestido de marinero y todo! ¿Es éste el que te puso el mote? ¡Menudo puntapié te hubiese yo dado, chico, si me llamas á mí eso! ¿A que no te atreves á decirme á mí cosas feas?

—Pues mira—dijo el niño,—te puedo llamar *Ninchi* en vez de Niní.

—Y yo—contesté—te puedo dar un puñetazo en un ojo ó en las narices...

—¡Daban!—respondió él.

—¿Quieres verlo?—grité.

—¡Vamos, arrapiezos, haya paz!—dijo Piluca.—¡Pues bonita manera de hacerse amigos! La primera vez que os veis, y vais á pegaros?

—¡Ay, Piluca!—dije yo llorando.—No se lo digas á mi mamá, porque no me va á traer otra vez á tu casa; y yo te quiero mucho, y además tienes unos juguetes muy repreciosos. ¡Ya me callo y no le digo nada á tu hermano, aunque me llame *Ninchi*! ¡Jesús! ¿Por qué tienes aquel muñeco así... como en una bandeja, Piluca?

—¡Ay! si es el chiquitín de la casa,—contestó.—Es el último que me han comprado, porque aunque soy *grande* me gustan muchísimo las muñecas, y mi papá me compró esa el otro día; es mi hijito menor, y aún está en su cunita. Moisés echadito...

—¿Y cómo se llama?

—Pues se llama Benjamín; le he puesto ese nombre, porque creo que será el último muñeco que me compren. ¡Si vieras, Niní, que á

pesar de que da gusto crecer, porque se sirve para muchas cosas, se ayuda á los papás, y se estudian cosas bonitas... se echa mucho de menos la niñez, las muñecas y los juguetes!

—¿Conque ese es tu hijo chiquitín?

—Sí...

—Entonces... ¿tienes muchos? ¿Cuántos?

—Pues mira, además de toda la familia y criados que ocupan *la casa*, tengo... tengo... todos éstos; ¡mira!

—¡Huy cuántos, y sin romper!—exclamé.

—Otro día que vengas, Nini, te contaré cómo los he cuidado, lo mismo que si fuese su mamá de veras. Cuando era pequeñita los rompía, pero desde que vino á casa la miss, me enseñó á que el juego de las muñecas es un ensayo de la maternidad, y que las niñas debemos acostumbrarnos á cuidarlas, hacerlas ropita interior, trajes, sombreros y abrigos, á lavarlas, peinarlas y bañarlas, y á asistirles en sus supuestas enfermedades, y de esa manera lo que practicamos por juego nos puede servir de provechosísima enseñanza para el porvenir. Por eso yo he tomado un gran cariño á mis hijitos... y creo que aunque llegue á ser una *señora* no dejaré que se tiren, ni se rompan... ni... ¿En qué piensas Nini?

—¡Ay! En que me aburres muchísimo cuando hablas seria.

MARÍA ATOCHA OSSORIO Y GALLARDO



EL ALCOHOL

No se crea que se ha conocido siempre con este nombre al líquido al que así llamamos hoy. En la Edad Media llamábase *alcohol* á todos los cuerpos reducidos á polvo muy fino; más tarde se denominó *alcohol* á lo que se consideraba como la parte más sutil, como la quinta esencia de cada cuerpo, por lo que al aguardiente se le llamaba *alcohol vini*, ó como si dijéramos quinta esencia del vino.

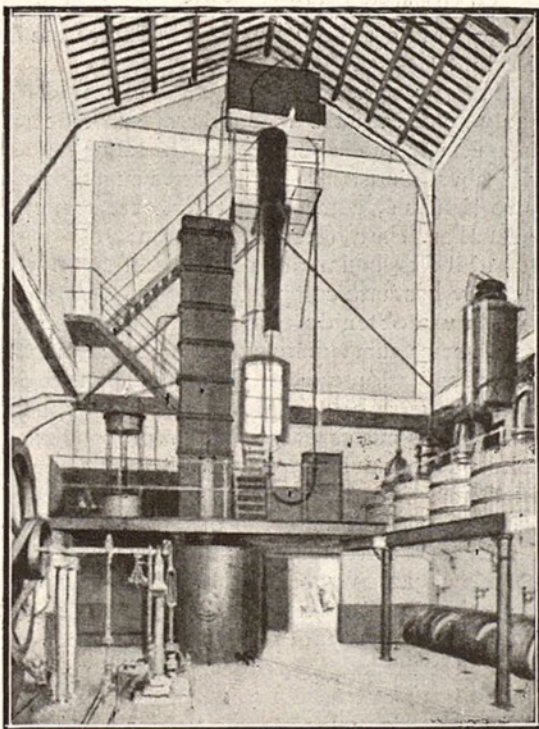
Realmente, y en la aplicación que hoy se le da, no se empezó á usar esa palabra hasta

el siglo xvi, lo cual no obsta para que la preparación de bebidas alcohólicas por fermentación de materias vegetales azucaradas ó feculentas, miel ó leche, es cosa conocida y practicada desde la antigüedad más remota.

Por punto general el alcohol procede de la glucosa que, sometida á la influencia de las levaduras, es decir, de una substancia que ayuda á la fermentación, se descompone en alcohol y en ácido carbónico. Se encuentra en muchos sitios en la Naturaleza: en las hojas y en los frutos verdes de algunas plantas, en los campos ricos en tierra vegetal, en la atmósfera, en el agua de lluvia, en las manzanas, peras y cerezas, etc.

Antiguamente, cuando todavía se preparaba el alcohol, en su mayor parte para la bebida como aguardiente, la fabricación del mismo era industria reservada á las destilerías. Hoy en día esa industria se diferencia de aquélla en su mayor producción y en obtener mayor riqueza de alcohol en el producto elaborado. En los aguardientes, el sabor que adquieran según su procedencia y el modo con que se han preparado influyen en su valor comercial.

La preparación del alcohol consiste en tres distintas operaciones: 1.^a, la preparación del líquido azucarado; 2.^a, la transformación del azúcar en alcohol mediante la fermentación, y 3.^a, la separación del



aguardiente ó del alcohol del líquido fermentado por medio de la destilación.

En la preparación del líquido azucarado se debe tener en cuenta que puede formarse no sólo con substancias (sólidas ó líquidas) ricas en azúcar, como la remolacha, los tallos de maíz, frutos, cañas, melazas y jarabes, sino también con otras substancias que no contienen azúcar, pero sí fécula, como las patatas, cereales, el maíz, algunas leguminosas y semillas. Para hacer alcohol con substancias no azucaradas como las que acabo de enumerar, se emplean una porción de máquinas muy perfectas y bastante complicadas, cuya descripción no es de este sitio.

Una vez obtenido el alcohol hay que purificarlo, ó sea separarlo de las diversas substancias extrañas que contiene, y para ello se echa mano de la destilación que, en resumen, viene á consistir en hacer hervir el alcohol que se ha recogido, y condensar luego los vapores que han resultado, los cuales dan ya un producto, aunque puro, poco rico en alcohol; pero volviendo á hacer la misma operación, se consigue un producto más puro, que en las fábricas modernas puede llegar á contener hasta 95 partes de alcohol por cada cien partes de líquido.

Son tan destructores sus efectos y producen tantos estragos en el hombre, que los gobiernos han comenzado á preocuparse de combatir el alcoholismo, el cual no sólo influye de una manera perturbadora en el organismo humano, sino que empobrece las razas y las hace propensas á enfermedades terribles, cuales son la tuberculosis y la locura. El alcoholismo es también causa del aumento de la criminalidad.

Los Estados que antes no veían en el alcohol más que un motivo de renta, empiezan á buscar modos para cohibir primero é impedir después el abuso de las bebidas alcohólicas, y este movimiento se ve favorecido por una porción de Sociedades cuyo único y exclusivo objeto es el de hacer la propaganda antialcohólica que cada día tiene más adeptos en el extranjero.

En Noruega, por ejemplo, se ha adoptado el sistema de conferir el privilegio de la venta de alcohol á los Ayuntamientos, fijando el precio máximo á que se debe vender y no entrando en este privilegio el vino ni la cerveza.

En Rusia el Estado tiene el monopolio de la venta del alcohol y los licores los despacha en botellas selladas que deben consumirse fuera de los establecimientos que están autorizados para la venta. En Suiza el Estado tiene también el monopolio del alcohol; suprimiendo los impuestos sobre los vinos y las cervezas, y, en cambio, aumentando extraordinariamente los del alcohol, ha logrado reducir el consumo de los licores.

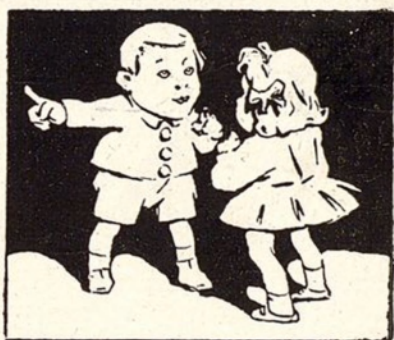
El alcoholismo es un verdadero envenenamiento, y aun cuando en algunos casos no llegue á ser mortal, se transmite por herencia, resultando que los hijos de alcohólicos, no sólo están muy expuestos á ser presa de enfermedades tales como la tuberculosis, la demencia y la epilepsia, sino que, además, heredan el vicio de la embriaguez.

IUAN ANTON.

EL RETRATO DEL COCO



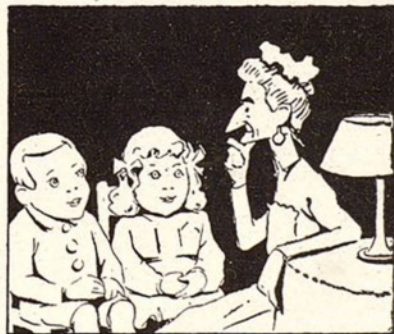
—Oye, Pepito, ¿sabes cómo es el coco?—dijo Margarita á su hermano.



—Yo no—dijo éste;—pero la chacha sí, porque lo sabe todo...



No tardaron un segundo en estar junto á ella asediándola á preguntas.



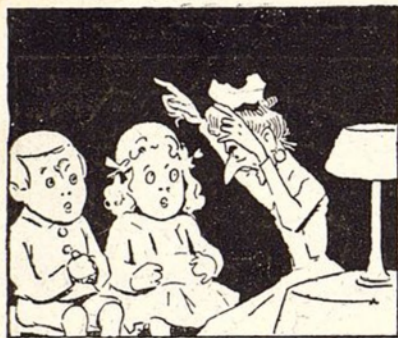
Y se sentaron muy formales esperando que ella aclarase sus dudas.



—El coco pues... es bicho más malo y feo que podéis ver...



Echa chispas á los ojos y tiene barbas como el gato rabioso



Y á la cabeza se enseña los cuernos
reforcidos como se están carneros...



Y se tiene dientes y uñas muy largas,
para llevar niños que están malos...



Nenes, abrir—les dijo;—alguien te
araña la puerta...



—¡El coco!—dijeron mientras la
chacha se dirigía á la puerta...



Y sin mirar quién entraba, se lanza-
ron por la ventana del jardín.



Por fortuna habían caído en un cesto
de ropa que recogía la doncella.